

Unificación de las provincias de la Compañía de Jesús en España

RESUMEN: En la experiencia de unificación de provincias, en la que se encuentran ahora tantas congregaciones religiosas, y teniendo en cuenta el marco eclesial de la nueva evangelización, es muy importante redescubrir y reavivar la «mística» que debe y puede inspirar esa acción apostólica. La profunda razón de ello es que el principal motivo y objetivo en esa reestructuración no es una mera reorganización de estructuras y recursos, sino un discernimiento de cómo responder mejor desde la realidad actual a la necesidad de evangelizar hoy según el propio carisma. Por eso la necesidad estratégica actual de reestructuración puede ser una gran ocasión de revitalizar el carisma y la espiritualidad.

PALABRAS CLAVE: Compañía de Jesús, España, unificación, misión, identidad, comunidad, *magis* ignaciano.

El contexto: retos y decisión

A comienzos del siglo XXI, después de 50 años del Concilio Vaticano II, no se encuentra en el ambiente eclesial aquel entusiasmo e ilusión con los que se emprendió la renovación de la vida religiosa. Se ha llegado a la situación difícil de hoy: pocas vocaciones, envejecimiento, necesidad de cerrar varias obras y comunidades. Ante el realismo de esta situación hay que reconocer y superar algunas tentaciones que pueden estar presentes en la vida religiosa: el desánimo, pesimismo y desaliento ante el envejecimiento, la falta de vocaciones y de relevo generacional, y ante las dificultades en nuestra vida apostólica por la indiferencia ambiental, menos reconocimiento social... Otro tipo de tentaciones son la acomodación y asimilación a nuestro mundo consumista, posmoderno, cómodo, sin utopías, relativista, en el que todo vale, y la instalación en una medianía y cómoda mediocridad, con poca disponibilidad, con poca dinámica comunitaria, con poca vitalidad apostólica.

La Compañía de Jesús decidió en el año 2008 iniciar un proceso de integración de las cinco provincias existentes en una única provincia.

Pareció claro que la respuesta más conveniente al desafío de la situación eclesial y de la vida religiosa, con la disminución continuada de vocaciones en los últimos años y la situación demográfica de envejecimiento, aconsejaba iniciar un proceso para la elaboración de un Proyecto Apostólico común a todas las provincias y, en consecuencia, la creación de una nueva Provincia que integrara las cinco actuales: Aragón, Bética, Castilla, Loyola y Tarraconense. Un proyecto que, teniendo en cuenta la situación, respondiera con creatividad a las opciones de la Compañía formuladas en las últimas Congregaciones Generales.

Los fundamentos: revitalizar la vida y la misión

El P. General de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás, en la carta con la que daba inicio al proceso de integración de las provincias, exhortaba a los jesuitas españoles a entrar en una dinámica espiritual, como una oportunidad providencial de renovar su misión, de reactivar con generosidad su respuesta personal a la llamada del Señor, de alentar la «unión de los ánimos» y de crecer en sentido profundo de Cuerpo de Compañía. Con ocasión de este proceso se elaboró un programa-texto en el que se reflejaban una serie de capítulos importantes del proceso: las opciones del proyecto apostólico, las estructuras de gobierno en el proceso de transición y en la futura provincia única, la configuración y funcionamiento de los sectores apostólicos y de las plataformas apostólicas. Pero el capítulo principal, «la piedra angular, base y raíz del edificio», como lo calificó el mismo P. General, es el capítulo III: «Revitalizar la vida y misión del cuerpo apostólico», en el que lo que se quiere resaltar son precisamente tres dimensiones fundamentales en la vivencia de cualquier carisma de la vida religiosa: *identidad, comunidad y misión*:

Para renovar y mantener la *identidad* se necesita volver a las raíces del carisma, beber más en las fuentes y ser configurados por ellas. Esto exige, por tanto, aun en las dificultades peculiares de nuestro tiempo, una verdadera conversión y renovación del corazón que lleve a revitalizar la vocación. Para alimentar y mantener esa *identidad*, que revitaliza, se necesita fortalecer los vínculos de la *comunidad*. Los religiosos son llamados a revitalizar hoy ese don tan precioso de los orígenes: la gracia de ser hermanos y compañeros que han sido llamados y convocados por el Señor y que reciben de su comunión con

Él su identidad más profunda. Por eso el individualismo es un síntoma de enfermedad mortal. Finalmente, la *misión* es el horizonte apostólico que da sentido a la identidad y a la vida comunitaria. De las exigencias de la misión se desprende la exigencia de disponibilidad apostólica para ser enviados, pero también el reconocimiento de la necesaria colaboración hacia dentro y hacia afuera. Es una invitación a la corresponsabilidad conjunta de ser «colaboradores de la misión de Cristo», y un reto que requiere un cambio de mentalidad y una exigencia de formación y renovación en el modo de realizar la misión, incluso para los que se sienten limitados por la salud y por la edad. Uno de los grandes retos de cualquier reestructuración es poder y saber integrar a todos los religiosos, sea cual sea su edad y su situación de salud.

La puesta en práctica: sectores y plataformas

Después de mencionar esta síntesis del fundamento de este proceso de integración de la Compañía, y como metodología inspiradora para revitalizar la vida de fe, la misión apostólica y el carisma religioso, hay que resaltar el reto que se quiere plantear para la puesta en práctica de la misión en un conjunto apostólico tan complejo como va a ser la provincia de España, en la que va a haber un buen número de obras apostólicas: 3 universidades, 10 centros universitarios, 68 colegios, 30 centros culturales, 19 instituciones de acción social, 16 centros de espiritualidad y casas de Ejercicios, 62 templos y parroquias..., repartidos por toda la geografía española. ¿Cómo gobernar y coordinar tanta institución apostólica? Las grandes dificultades suscitan desafíos, y los desafíos inspiran respuestas.

El planteamiento y la necesidad de armonizar tantas obras apostólicas, consecuencia de la unificación de cinco provincias en una, ha dado lugar a la determinación por converger dos dinámicas apostólicas diferentes pero complementarias. Una dinámica más global, que es la promoción y desarrollo de un tipo concreto de apostolado —educación, apostolado social, pastoral, etc.—, encarnado en numerosos centros e instituciones, y con un proyecto apostólico general del sector, que se tiene que concretar en cada una de sus entidades. Esta dinámica es la que corresponde a lo que en la Compañía se llama *sector apostólico*, es decir, el conjunto de obras de un mismo tipo de apostolado, que pueden ayudarse y apoyarse mutuamente para caminar hacia el horizonte al que orienta el proyecto apostólico respectivo. La otra dinámica es más local,

y consiste en el difícil arte de coordinar y hacer converger la acción apostólica de las diferentes obras y actividades apostólicas de la Compañía que hay en una ciudad o en una zona geográfica. Este tipo de dinámica sería la correspondiente a lo que en la nueva provincia unificada se va a llamar *plataforma apostólica*.

Esta última dinámica local es quizá lo más novedoso de la organización que surge como consecuencia del proceso de integración de la nueva provincia. Supone una actitud humana de apertura y coordinación que desde la propia institución apostólica se abre a todas las demás que hay en la zona, con un sentimiento de implicación en ellas por pertenecer a un mismo cuerpo apostólico. Incluso las personas que por su avanzada edad o por enfermedad, ya no pueden ejercer un apostolado activo en esas obras, están invitados a sentirse implicados por su interés personal en ellas, por su oración, por su deseo de estar vinculados. Se trata, por tanto, de plantearse juntos en una zona concreta cómo puede responder mejor la Compañía a las necesidades que le rodean, coordinando las energías apostólicas de todas las personas e instituciones existentes en esa zona.

El horizonte: servir mejor (el *magis* ignaciano)

Cualquier misión apostólica de la Compañía de Jesús siempre se debería distinguir por la mística del «*magis* ignaciano», es decir, por el discernimiento del «mayor servicio» que se puede dar a los demás. El énfasis en el *magis*, bien entendido, también conduce a la creatividad de una nueva evangelización, porque es la negativa a atarse a nada de lo que limita la venida del Reino de Dios. Se puede contrastar lúcidamente el *magis* con la competencia. Porque al procurar el *magis* no se trata de competir, o sea, de hacer lo mismo que otros pero un poco mejor. Se trata de hacer otras cosas, y de otra manera, para así responder mejor a las necesidades que van surgiendo en el camino apostólico. Éste es el verdadero sentido del *magis* ignaciano. El *magis* a veces se puede entender demasiado a menudo en términos competitivos, siendo mejor que otros. Pero es un malentendido, porque competir con los demás significa entonces, como hemos dicho, que sólo hacemos lo mismo que los demás, sólo que tratamos de hacerlo mejor. La competencia así no es creatividad, porque está condicionada por las normas sociales, más que por la novedad del Reino. La Compañía debe preguntarse: ¿en qué medida están sus obras condicionadas por la

competencia, por la aspiración a ser tan buenos o mejores que otros, en vez de estar realmente movidas por la creatividad del Reino?

La exigencia expresada en toda esta dinámica es muy grande, sencillamente porque la exigencia del Misterio del Amor es muy grande, pero una manera lúcida de interpretar los objetivos de cualquier proyecto apostólico es considerar ese ideal como un horizonte, más que como una meta. Una meta está puesta para llegar a ella, y si no llegas te frustras, un horizonte está puesto para avanzar hacia él, y eso siempre lo puedes hacer, porque el horizonte nunca se acerca, siempre se aleja, a pesar de todo lo que camines, y precisamente por eso sirve para algo muy importante, valioso y necesario, sirve para no cansarse de caminar hacia el horizonte. En cualquier misión apostólica hay que contar con las limitaciones humanas. No hay que exigir la perfección de no tener fallos, sino la perfección de no dejar nunca de caminar.

La Compañía española quiere vivir esta empresa del proceso de integración con la pedagogía espiritual que propone San Ignacio de Loyola, al final del proceso de sus Ejercicios Espirituales, en la oración llamada «Contemplación para alcanzar Amor». Esta pedagogía ignaciana nos invita primero a vivir cualquier empresa con una actitud fundamental de agradecimiento a Dios, por todos los bienes recibidos, que sirva de estímulo para «en todo amar y servir», pero además con una actitud lúcida de madurez humana capaz de asumir el pasado, de afrontar el presente y de abrirse al futuro, y finalmente con una actitud profunda de confianza y esperanza en Dios como presencia viva y centro de la propia vida.

El sujeto: colaboradores de una misión compartida

Para prepararse a vivir tal situación de reestructuración y renovación religiosas y apostólicas, hay que estar dispuestos a revisar la propia actitud, personal y comunitaria, de escucha sincera de la voluntad de Dios, de capacidad de discernimiento con lucidez crítica y libertad de espíritu, y de fidelidad a una opción evangélica de vida de solidaridad con los empobrecidos y marginados. Para una verdadera reestructuración hay que revitalizar las raíces de la propia identidad-vocación, de la vida comunitaria y de la misión, y para eso hay que propiciar ocasiones en las que de un modo personal y colectivo se puedan redescubrir los rescoldos de vivencia del propio carisma que, aunque cubiertos de

cenizas, siguen manteniendo un fuego potencial que se puede reavivar. En esta capacidad hay que confiar para afrontar, con decisión y valentía, una preocupación indispensable: reavivar la «comunidad en la misión compartida». Esto supone el arte de saber implicar a todos: mayores, jóvenes, enfermos, laicos colaboradores, a los que siempre están dispuestos a colaborar, y a los que siempre oponen resistencias, críticas y quejas. Hay que recordar la actitud del sembrador: merece la pena sembrar, aunque no se recoja todo lo que uno quisiera, hay que respetar ritmos y confiar en capacidades y hay que saber siempre ver en el grano de mostaza la posibilidad de la planta futura.

Una realidad eclesial que le ha permitido a la Compañía atreverse a tal aventura es la esperanzadora vivencia, tanto en sus obras apostólicas como en sus redes ignacianas, de un laicado cada vez más consciente de su responsabilidad eclesial y cada vez más comprometido con la misión de la Compañía y con la vivencia de la espiritualidad ignaciana. La apuesta por la colaboración con «otros» no jesuitas —sacerdotes, religiosos/as, laicos/as— no responde a una estrategia táctica, debida a la escasez de vocaciones, sino al convencimiento del modo de ser Iglesia, redescubierto por el Concilio Vaticano II, que supone la aportación para la misión de todos los carismas, y de un modo especial del protagonismo del laicado en una corresponsabilidad en la misión compartida. Como dice la Congregación General 35: «La colaboración en la misión es nuestra respuesta a esta situación: expresa nuestra verdadera identidad como miembros de la Iglesia, la complementariedad de nuestras diversas vocaciones a la santidad, nuestra mutua responsabilidad por la misión de Cristo, nuestro deseo de unirnos a las personas de buena voluntad en el servicio de la familia humana y la llegada del Reino de Dios. La colaboración es una gracia que se nos regala en este momento en perfecta coherencia con nuestro modo jesuita de proceder» (CG 35, d. 6, n. 30).

En conclusión

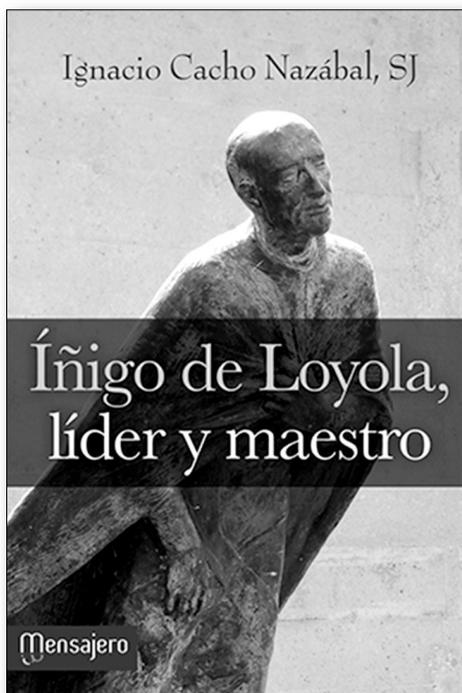
Para poder ser luz (color) y sal (sabor) de la Buena Nueva del evangelio no se trata de tener ni brillantes ideas, ni éxitos deslumbrantes, ni poderes eficaces, sino de estar enamorados del misterio del Amor de Dios y de saber vivirlo encarnado en la realidad de la vida cada día. Sólo siendo testigo del Amor encarnado en Jesús, se puede dar testimonio de una vida de amor evangélico. Y ser verdadero testigo de

Unificación de las provincias de la Compañía de Jesús

Jesús es pasar de las meras palabras y teorías al seguimiento real, práctico, encarnado. Con todo esto se puede entender mejor que el punto de partida de toda evangelización es vivir la utopía del Amor, y para ello es necesario saber soñar, con los ojos abiertos y con los pies en la tierra, es decir, saber creer en el ideal del amor, sabiendo relativizar todas las limitaciones, desengaños y desencantos en la vivencia cotidiana del amor. Dejándose llevar por el falso realismo del derrotismo y del pesimismo, sólo se puede ser, como los discípulos de Emaús cuando huyen de Jerusalén, testigos de un muerto... Pero apoyándose en la fe en el Amor de Jesús, para saber vivir ese Amor a pesar de todo, se puede ser como los discípulos de Emaús, después del encuentro con Jesús Resucitado, testigos de que ¡el crucificado ha resucitado!

La Compañía de Jesús en España, compartiendo con todos sus colaboradores el servicio de la misión de Cristo, está dispuesta, como dice en su Proyecto Apostólico, a «anunciar y ser testigo de Jesucristo y del Reino de Dios, comunitaria e institucionalmente, desde la Iglesia y en colaboración otros (...) con un estilo de evangelización marcado por la cercanía a los pobres, el rigor intelectual, la búsqueda de nuevos lenguajes y el discernimiento». ■

Mensajero



IGNACIO CACHO NAZÁBAL, SJ

ÍÑIGO DE LOYOLA, LÍDER Y MAESTRO

Colección: JESUITAS

ISBN: 978-84-271-3600-7

Precio s/iva **16,83 €**

Precio **17,50 € IVA Inc.**

370 págs.

En la presente investigación, *Íñigo de Loyola, maestro y líder*, conocemos al *líder* que pasó a ser una de las figuras del Renacimiento más activas y creativas: fundador, gobernante, maestro, escritor y viajero por toda Europa y Oriente Medio, comparable a César Borgia (según Pío Baroja) y al caballero andante Don Quijote (en opinión de Miguel de Unamuno).

Constituye el tercer estudio biográfico del P. Ignacio Cacho sobre Íñigo de Loyola, da continuidad a los dos volúmenes ya publicados y junto con ellos forma una *trilogía ignaciana*.
